

## *La Mente Individual*

---

Para cada uno de nosotros hay únicamente una breve y frágil vida en la cual elegir el tesoro que formará nuestra eternidad. Es una elección que requiere toda la sobriedad y urgencia posible. Jesús nos ruega a poner nuestra confianza en el Eterno Dios cuya gracia y poder trasciende el tiempo más bien que las cosas “corruptibles” que el tiempo destruye (Vea 1 Tim.6:17). Esta fue exactamente la confianza en la observación de Moisés en su discurso de despedida a Israel: “Y te afligió, y te hizo tener hambre, y te sustentó con maná, comida que no conocías tú, ni tus padres la habían conocido, para hacerte saber que no sólo de pan vivirá el hombre, más de todo lo que sale de la boca de Jehová vivirá el hombre” (Deut.8:3). La riqueza muerta de este mundo es sino polvo en la boca, pero tener una correcta relación con Dios, es la cosa que hace a un hombre verdaderamente rico.

Es un defecto fatal del carácter “*desear ser rico*” — cualquiera que sea la razón (1 Tim.6:9). Este es uno de los síntomas de la loca insensatez que muchos buscan en sus vidas. No es alentador oír a un Cristiano decir que él desearía tener riquezas para apoyar a predicadores del evangelio o proveer para los pobres o hacer alguna otra buena obra. Las posibilidades son muy buenas antes para aquellos que necesitan ver que cualquier dinero anhelado habrá hecho su propia alma cautiva de la codicia. Tal Cristiano debería tener un contentamiento agradecido con lo que Dios ya le ha dado y usarlo en una forma libre de egoísmos. Si un hijo de Dios se vuelve rico, esto nunca podría ser porque este lo planeó en esa forma.

Si queremos ser exitosos en tener nuestro tesoro en el cielo, será porque hemos puesto todo nuestro corazón en el asunto. No hay lugar para la vacilación, la indecisión o la tibieza en nuestra actitud hacia Dios y Su reino. Debemos elegir el Cielo y elegirlo sin reservas. Como un escritor lo observó, no hay nada más peligroso que intentar saltar un abismo en dos pasos.

**“La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas”** (Mat.6:22-23). Jesús continúa Sus instrucciones sobre la batalla del Cristiano para mantener al mundo fuera de su corazón con esta simple ilustración. Él compara la función del ojo para el cuerpo con la perspectiva de la influencia controladora de uno sobre el corazón. El ojo actúa como la fuente de luz para el cuerpo. Un ojo “bueno” (sano, saludable) llena el cuerpo de luz. Un ojo “maligno” (no sano, defectuoso) llena el cuerpo de tinieblas. La aplicación viene en su siguiente observación (Mat.6:23b): **“...así que, si la luz que en ti hay es tinieblas, ¿Cuántas no serán las mismas tinieblas?”** Tal como el ojo es la ventana a través del cual todo el cuerpo es iluminado u oscurecido, dependiendo de su condición, así los “ojos de vuestro entendimiento” (Efe.1:18) determinan si el espíritu del hombre es inundado con la

iluminación o sumergido en una oscuridad sin Dios. Es bastante trágico estar físicamente ciego, pero cuando el espíritu se niega a la verdadera visión ¡Cuán mucha más profunda es esa oscuridad del alma! Un corazón individual trae claridad y sanidad. Un corazón dividido trae confusión y desorden. Hay tristeza en la persona quien, camina sin comprometerse, a través de la vida en la agonía incurable de su indecisión. Él nunca sabe completamente quién es él o que debería hacer — sin ningún principio que le guíe, sin ningún compromiso que lo gobierne — cada persona en el camino es un trauma renovado. Cuán grande es esa oscuridad!.

El ojo “bueno” es el corazón que oye el evangelio con una simplicidad absolutamente sincera. Es una mente que recibe el evangelio con una resolución favorable. La visión espiritual es nublada por una preocupación no sana por las cosas. El Materialismo se convierte en la catarata de la mente. Una razón por la que muchísimas personas simplemente no pueden “ver” el evangelio o entender la Biblia es porque este no encaja con sus presuposiciones sobre la importancia de las riquezas. Los Cristianos que repentinamente se vuelven confundidos e inciertos sobre las demandas de la vida en el reino no están a menudo tanto experimentando una batalla intelectual sino una batalla espiritual. La luz del evangelio no viene sobre quienes sus lealtades están divididas. Como Jesús una vez lo observó, “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia mente” (Jn.7:17). Santiago habla mucho de la misma cosa en las exhortaciones prácticas de su epístola muy punzante: “Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor. El hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos” (Stg.1:6-8).

Las bendiciones del reino de Dios no son repartidas sobre la base de porcentajes — muchas bendiciones para muchas buenas obras. Con Jesús es o todo o nada. O damos todo y recibimos todo, o titubeamos y vacilamos y obtenemos nada. Aquellos que exitosamente enfocan el reino de los cielos deben aprender el poder y disciplina de elegir “la buena parte” (Luc.10:42), la “cosa correcta” (Fil.3:13), andando en el camino “estrecho” (Mat.7:13). Esta lección es bien expresada en las palabras de un cántico familiar: “Porque nunca probaremos los deleites de Su amor hasta que pongamos todo sobre el altar; porque la gracia que Él muestra y el gozo que Él derrama es para aquellos que confiarán y obedecerán”.